

HAVANA CLUB

Barble me miraba... Bárbara.

Ella quería que la llamásemos Bárbara.

Bárbara me miraba por encima del hombro de Luis y sonreía con complicidad. Estaba sonando el Trío Matamoros con su *Son de la loma* (“*mamá yo quiero saber, de dónde son los cantantes, que los encuentro muy galantes...*”), pero ellos bailaban con lentitud. Al pasar junto a mi, Bárbara se inclinó y susurró: “*He’s my latin lover...*”. Rió. Se reía por todo y de todo. Todos reíamos.

Estábamos en medio de una aventura, un sueño, en una noche de otoño plácida y calurosa. Estábamos en el Caribe.

Bebíamos una especie de jarabe húngaro azucarado y espeso porque no había nada más. A pesar de ello, el camarero, solícitamente nos dio una carta de cócteles mientras nos preguntaba con su más ensayada sonrisa qué deseábamos beber para añadir “*no hay*” tras cada petición. A Bárbara le parecía un juego y nosotros empezábamos a perder la paciencia cuando incluso llegó a confesar que ni siquiera había ron. Era el colmo del surrealismo: hacer mojitos con bourbon o con vodka “*la bebida del enemigo capitalista o la del compañero imperialista*”.

- “*Sólo tenemos una cosa con alcohol, gallega – me dijo manteniendo el rostro imperturbable- No sé cómo se llama, pero está muy bueno*”

Era mentira, pero eso no es importante.

Bárbara era de una pequeña ciudad del país que en el siglo XX se llamaba Alemania occidental. Socióloga y con esa edad indefinida de los cuarenta y pocos. Estaba sufriendo - o disfrutando- de un reciente divorcio y se dejaba seducir por las aduladoras palabras de Luis y las comedidas atenciones de Mike. Luis y Mike eran nuestros anfitriones en La Habana. Heredamos su amistad de una pareja barcelonesa que los había conocido unos meses antes.

Fue a principios de octubre y al final de nuestro viaje cuando encontramos a Bárbara en la plaza de la catedral y la invitamos a cenar. Era la noche de nuestra despedida y fuimos a un restaurante donde admitían cubanos y dólares, una combinación no demasiado habitual en aquel entonces. Cenamos “*ropa vieja*” y vino que, según la ajada etiqueta, era de Rioja, a la luz de las velas. Las velas acabaron en nuestros bolsillos: eran muy apreciadas por lo escasas, como los panecillos de pan blanco.

Fue una noche muy especial, llena de miradas y sonrisas, de besos tenues y de caricias casi tímidas al principio. Intercambiamos opiniones sobre las contradicciones del gobierno castrista y sobre el frágil futuro de los países antes llamados de acero. Hablamos de nuestras vidas, de los amores, pero, sobre todo, de las ganas que tenía Bárbara de visitar la isla que nosotros ya habíamos recorrido de punta a punta, de La Habana a Oriente.

Bárbara nos contó que le gustaría quedarse en Cuba para siempre porque “*aquí cada día es una aventura: hay que hacer lo imposible para tirar adelante. Pero en Alemania te obligas*

a vivir". La alemana tenía una completísima guía de Cuba con poemas, ¡en alemán!, de Federico García Lorca que declamaba al brindar.

El jarabe húngaro hizo su efecto. Salimos del local y atravesamos un silencioso Parque Coppelia, insólitamente vacío y oscuro, escondiéndonos como niños entre sus enormes árboles y con Bárbara rompiendo la callada armonía cantando en un presunto español: "*contigo aprendí que la semana tiene más de siete días...*" La imitamos mal entonando boleros por todo el Malecón iluminado por tímidas farolas amarillentas, oyendo más que viendo las olas de un enfadado mar Caribe estallando en el rompeolas. Después nos perdimos por los callejones azulados de La Habana Vieja mientras buscábamos inútilmente la esquiva luna en el cielo repleto de estrellas.

No había luna. O no la encontrábamos. O tal vez también jugaba, escondiéndose de nuestros ojos empañados por el fuerte vermouth húngaro.

Llegamos al Hotel Inglaterra. Mike nos contó que el edificio había sido la residencia de lujo de Lucky Luciano en la época del dictador Batista y de los efectos de la ley seca en Estados Unidos, cuando La Habana era refugio de mafiosos y jugadores. Uno de los conserjes nos soltó un "Shiiiiist." Que provocó nuestras risas. Y ambas cantábamos con voz queda, en un es vestíbulo antaño escenario de asesinatos y obscenidades "*contigo aprendí a ver el otro lado de la luna...*"

Los tres gallegos de Barcelona partíamos al día siguiente, desde el Aeropuerto José Martí, el poeta de la Patria Cubana, a casa. Envidiaba a Bárbara porque pronto iría a Santiago en avión, desde ese mismo aeropuerto. El trayecto era impensable en autobús y en tren habíamos tardado una eternidad. Bárbara me había prometido que iría a El Caney, pueblo con nombre de ron y olor a canela, para visitar a la familia Linares, porque "*sólo para conocer a los Linares merece la pena viajar a Cuba*".

“¡Oh, cintura caliente y gota de madera!

Iré a Santiago

Arpa de troncos vivos. Caimán. Flor de tabaco.

Iré a Santiago”

Sucedió hace casi dos décadas, en el siglo anterior. Cierto.

Pero son recuerdos que se esconden en esa vulnerable parte de la memoria donde cualquier palabra, música o gesto activa un resorte que hace que aparezca la imagen difusa de una Bárbara sonriente diciendo adiós con la mano. Como uno de esos muñecos de broma que se guardan en una pequeña cajita que cuando abres saltan y te asustan.

Siempre he pensado que estos muñecos son un poco crueles.

A finales de noviembre recibí la carta que me recordó aquella noche sin luna de La Habana. Era una carta que venía de Alemania. Me sorprendió, y halagó que Bárbara me escribiese, tan pronto. A penas había pasado un mes de nuestro viaje.

El sobre era blanco y fino, crujiente, con una línea negra bordeando la parte donde se escribe el remitente. Allí estaba escrito, con mayúsculas muy pulcras, su apellido de soltera. Dentro hallé una postal de la Virgen del Cobre de Santiago de Cuba, arrugada y manchada, bruscamente inacabada. Sin firmar.

Noté un escalofrío. Bárbara me contaba que me escribía desde el avión y que Mike y Luis la habían acompañado al aeropuerto y que quería visitar... Justo aquí terminaba la postal. Era una letra más irregular que la del sobre. Era la letra que yo guardaba en un pedazo de una hoja de publicidad que cantaba las excelencias del ron Havana Club. Ese trozo de papel donde Bárbara me anotó su dirección germánica.

Leí la carta que acompañaba la postal con dificultad porque mi mal inglés y mi mucha ansiedad no ayudaban. Lo encabeza un “Míster Llum” y sólo entonces comprendí, o acepté, que no era Bárbara la que me escribía, sino que me escribían sobre ella.

Una carta amable y sencilla. La carta que, con lágrimas reprimidas, se escribe a una persona desconocida para comunicar la muerte de una hija.

Los padres de Bárbara no sabían si mi relación con ella había sido intensa, corta, si venía de lejos, si era amorosa o comercial. Para ellos, alguien llamado “Llum”¹ había empezado a existir cuando recogieron el equipaje de su Bárbara en La Habana y hallaron una postal inacabada (“*Dear Llum...*”) con una dirección completa.

***“En un coche de aguas negras.
Iré a Santiago,
brisa y alcohol en las ruedas.
Ire a Santiago”***

Tras una larga búsqueda en la hemeroteca encontré un pequeño breve en El País donde se explicaba un accidente aéreo en Cuba. El avión había caído en la Sierra y, milagrosamente, sólo murieron tres personas. Pero uno tenía nombre y rostro para mí. Tenía el dolor de un recuerdo. Poco después recibí carta de Mike y Luis contando el difícil trago de tener que ir a reconocer el cadáver de una amiga que acababan de despedir con un “hasta pronto”.

Bárbara se ha quedado en La Habana, en el cementerio José Martí, Poeta de la Patria Cubana. Bárbara se quedó en La Habana y no fue nunca a Santiago. Como Lorca.

No pudo ver a la Virgen negra del Cobre, ni las cuestas que rodean el Parque Céspedes. No pudo compartir el licor de frutas destilado en casa de Eduardo Linares, reparador de aparatos electrónicos y fan de Rocío Dúrcal, que perdió las piernas en una misión de ayuda a los hermanos de Angola. No conoció la historia de Mamá de la Hoz que huyó de Colombia para unirse al Che Guevara en la Sierra.

La misma Sierra donde se estrelló el avión, hartos de hacer kilómetros soviéticos, vendido a precio de chatarra al país donde consiguen que coches de los años veinte, de aguas negras, se muevan con ingeniosas piezas de fabricación casera.

Mike y Luis, ¡qué vueltas da la vida!, ahora viven en Suecia.

Y yo...

Yo aún no he podido volver a Cuba.

¹ Llum es M^a Luz en catalán